

– Bueno, en aquel regreso al Uruguay ya se empezaba a respirar, la gente me lo decía, de otra manera. Como que esa vez la primavera sí era primavera, porque estábamos en pleno setiembre, y la primavera política empezaba a coincidir con la del tiempo. El encuentro con mis familiares y con los amigos fue fundamental. Fue importante el apoyo de mi familia paterna, y también la relación con amigos, alumnos, maestros. Varios estaban de viaje fuera del país y otros aún no habían regresado del exilio. Mi madre y mi tía estaban en Francia, ese abrazo del regreso sería un poco después. Andaban lejos amigos como el doctor Ricardo Elena y su compañera Judith Parnás, aún viviendo en Cuba; Coriún Aharonián y Graciela Paraskevaídis, que estaban por un año como músicos invitados en Alemania; Carlos Oroño, en Madrid; Miguel Barton, en Mozambique. En el plano afectivo, en esos primeros meses, fue esencial retomar la amistad con el Dr. Jorge Galeano Muñoz, que fue para mí un orientador, un maestro de alguna manera. En el reencuentro con él, Sofía y sus hijos, voy al Cabo Polonio, en un diálogo siempre fecundo con Jorge. Ahí estaban mis otros amigos, Mario Caplán, Elisa Levi, sus hijos Sergio y Raúl que habían sido alumnos míos y se volvieron amigos después, y también estaban Omar Glezer y sus hijas. Fíjate que se mezclaban las generaciones. En el Polonio todo va ocurriendo en medio de ese intento –que después, definitivamente, no sería posible– de que mi hija Trilce viviera en Uruguay. Como sabés, Trilce regresa a vivir a Francia con su madre, Annie, que continúa allá su trabajo editorial.

– *Cuando después de tantos años volviste a pisar nuestra tierra, ¿qué pasó en tu interior qué ocurrió dentro tuyo?*

– De alguna manera, siento que todo ese regreso fue como hacia una huella que yo había dejado y que, cuando volvía, ponía el pie y coincidía exactamente.

– *¡Qué lindo eso!*

– Es cierto, era una linda impresión. Aunque uno no dejaba de pensar que hubo tantas heridas, tantas caminatas, como la del exilio, como la caminata interior terrible que fue esa caminata inmóvil, la de las presas y los presos, la de toda la gente que resistió aquí... Pero a la vez yo tenía esa sensación, en lo personal, de un regreso muy natural.

– *De que tu pie se ajustaba a esa antigua huella...*

– De que mi pie se ajustaba a esa antigua huella, sin olvidar todo lo que había pasado. «La comunicación estaba viva, yo sentía eso en Uruguay, y que también estaba viva la canción, dispuesta siempre "a redoblar". Y también fue emocionante visitar todos esos lugares que yo había tenido dentro mío, simbólicamente, en el exilio: recordar mi barrio de infancia, Sayago, la vida familiar en la casa quinta "Villa María", mi abuela y mis tías abuelas, vestidas de negro, amasando la pasta los domingos, toda esa cultura italiana, mis Giachetta Cafaro del sur de Italia. El piano, con mi madre, Lyda Indart, y su hermano José Alberto, aquel tío Beto, tan músico, y que fue para mí como otro padre; la tía Nelly, esa otra madre, dirigiendo la Escuela Roosevelt para niños lisios, a los que yo, de chico, les componía canciones para la fiesta escolar de fin de año. En la casa quinta Villa María había vivido la poeta Delmira Agustini, con su familia. En una de las habitaciones de esa casa, se conservaban aún los objetos personales de ella; así que el bajo alquiler incluía el compromiso de cuidar aquel tesoro, totalmente de acuerdo con la sabia decisión del propietario de la casa, Antonio Trabal, dueño de las Bodegas Angelito. Podrás imaginarte entonces la lucha que tuve, entre mi curiosidad infantil que me impulsaba a descubrir más sobre Delmira y el misterio y la prohibición que rodeaban su imagen. Un día cantaré eso, como alguna vez caminando por Sayago, le comenté a mi amiga la poeta María Gravina. Y también fue intenso visitar mi propia escuela en el barrio, la "República de Honduras", que estaba al lado de mi casa, donde mi alegría eran las mañanas en que había "redacción con tema libre", porque ya me gustaba mucho escribir. Reencontrar esas maestras que me impulsaron a escribir, Susana Mearu (que estuvo presa durante la dictadura), Hildegard Pigorsch, María Estela Porciúncula. También en el retorno fue hermoso volver a la ciudad de Minas, donde yo había vivido un tiempo junto a mi padre, Cédar, que como militar había sido enviado allí con la familia. Volví a ver ese paisaje serrano y a recordar las pesquerías con mi viejo en los arroyos y ríos, desde el Campanero hasta el río Cebollatí, el amor al monte criollo que él me dejó sembrado para siempre. Fue muy emocionante reencontrarme en Montevideo, en la casa de la calle Criollos, con toda esa

parte de mi familia: Chola, viuda de mi padre, "madre coraje", como la llamábamos; mis hermanas Graciela y Silvia; mis sobrinos Adriana y Alejandro. Sentí, Mario, cómo todo eso, los seres, los paisajes, estaban en lo que yo alguna vez he llamado "la casa roja de mi corazón", era como que ahí había sobrevivido todo aquello y en ese momento yo podía recuperarlo. Fue una experiencia muy honda.

– *Después de tu regreso van a ir ocurriendo muchas cosas en el Uruguay, entre ellas el período preelectoral, las primeras elecciones que tienen lugar el 25 de noviembre de 1984, pocos meses antes del fin de la dictadura. Y luego el cambio de gobierno el 1° de marzo de 1985. ¿Cuáles son tus recuerdos más nítidos en esa etapa?*

– Una cosa que me impresionó en el período previo a las elecciones fue la muerte del luchador tupamaro Adolfo Wasem, uno de los rehenes de la dictadura, la muerte en prisión, y recuerdo que durante el cortejo hacia el cementerio toda la columna se detuvo en la Plaza del Ejército escribiendo la consigna: «Wasem vive». Es imborrable, porque era como escribir que muchas cosas que se habían perdido iban a seguir viviendo de algún modo. En ese período hago un viaje a París, entre setiembre y noviembre, para seguir armando el regreso definitivo. Y entonces me llega una llamada a París de Chico Buarque, desde Río, como aquella anterior para trabajar en su disco, preguntándome en su portuñol: «¿que coisa e isto do Frente Amplio? Porque me están invitando a ir a cantar contigo y otros músicos al Estadio Centenario, el estadio de fútbol...» Desde sus comienzos siempre admiré lo que hacía Chico; fue una de las razones que tuve para hacer aquel disco *Trópicos en el 72*, junto a los músicos cubanos. Y esa llamada me llegaba justo en aquel momento político y después de mi vuelta al Uruguay. Entonces le digo que sí, que vaya a cantar, que es muy importante que vaya; y así fue como hicimos esa presentación en el estadio en que, al final, con Chico cantamos juntos «La llamarada», el poema de Julián García con música de Jorge Salerno, el estudiante de agronomía asesinado en Pando. El festival incluyó a muchísimos músicos de mi generación y de la siguiente. Fue el primer encuentro colectivo, ahora ya no sólo de figuras individuales que volvían, sino un gran festival con cantidad de músicos que habían vivido y actuado acá en los años duros.